

## GENAL DELENDUS EST (El Genal debe ser destruido)

Catón de Útica (Siglo II AC) clamaba una y otra vez en el Senado romano pidiendo la aniquilación definitiva de la patria de Aníbal Barca con una frase recurrente que hizo historia: “Carthago delenda est”. En ese mismo sentido, cada cierto tiempo, sobre todo si es época de pertinaz sequía, frase emblemática, la clase política y sus técnicos más allegados se empeñan en anunciar y proponer presas y trasvases desde lo que ellos llaman cuencas excedentarias a las deficitarias, concepto que vende muy bien y que cala en una opinión pública angustiada ante una posible falta de agua.

Lo malo de todo esto es que se olvida algo evidente: el agua no es infinita y por tanto, una vez utilizados todos los recursos disponibles, es imposible aumentar caudal para una demanda en teoría siempre creciente. Tal es el caso de nuestra Costa del Sol, hipertrofiada a día de hoy, con la práctica totalidad de la línea de costa ocupada por una de las conurbaciones lineales más importantes del Mediterráneo, y con un modelo de turismo de masas más ladrillo a todas luces agotado.

Y así, leemos hace poco sobre la necesidad de un trasvase del Alto Genal al sistema de abastecimiento de la Costa Occidental, como si los caudales de los ríos de Sierra Bermeja y Nieves (Guadalmansa, Guadalmina, Guadaiza y Verde), que aportan unos 150 Hm<sup>3</sup>/año, no estuviesen ya interconectados, tanto que en época de fuertes precipitaciones se hace preciso desaguar el embalse de La Concepción. Tras la puesta en funcionamiento de estas infraestructuras se ha demostrado que el abastecimiento a la población está asegurado, y en todo caso existe una desaladora en Marbella capaz de paliar los posibles déficits.

¿Para qué entonces este nuevo trasvase? ¿Para seguir creciendo de manera casi exponencial en un territorio al borde ya de la saturación? ¿No sería más idóneo aumentar la calidad de la oferta, mejorar los servicios e infraestructuras (¡para cuando el tren litoral!), y diversificar los usos en este espacio para generar un empleo de calidad que absorbiese al que fue expulsado tras el estallido de la burbuja inmobiliaria?

Por el contrario, el Valle del Genal es el territorio humanizado con más calidad ambiental de la provincia, y uno de los espacios más singulares, si hablamos de conservación de paisajes y biodiversidad, de todo el Mediterráneo. Su variedad litológica (un verdadero catálogo de rocas, desde las intrusivas a las metamórficas de los Mantos y sus orlas de contacto, incluyendo las formaciones carbonatadas, mármoles y dolomías, brechas, conglomerados y areniscas) es solar de numerosos ecosistemas climáticos, como las series del alcornocal, encinar y el quejigal, el pinar serpentínico, criptoserias como la del robledal, así como los bosques de ribera con saucedas, alisedas, choperas, fresnedas y olmedas, y, por fin, la joya exclusiva del pinsapar sobre las serpentininas del macizo ultramáfico de Sierra Bermeja, ya de por sí una montaña digna de la máxima protección, por la rareza y singularidad del sustrato, y nicho de numerosos y valiosos endemismos.

Aunque faltan estudios para tener un conocimiento más amplio de la avifauna existen algunos grupos taxonómicos bien estudiados, caso de los vertebrados y algunos órdenes de insectos. Al ser uno de los cursos fluviales en mejor estado de conservación de todo el sur, es explicable la variedad de peces ligada a los cursos de agua, como indicador de la calidad ecológica del río. Además, el buen estado de conservación de los biotopos hace del valle un lugar ideal para las aves, que en la época de las migraciones tienen aquí un lugar excelente para el descanso y la alimentación. Dentro de los mamíferos, otro indicador de alta calidad ambiental es la nutria, el mejor paradigma faunístico del valor ecológico de un valle de enorme fragilidad y sujeto a permanentes

amenazas. Otros carnívoros característicos serían el meloncillo, el tejón, la jineta, la garduña etc., y dentro de los ungulados, el corzo, la cabra montés y el jabalí.

A toda esta riqueza deberemos unir los aspectos humanos, por cuanto la ocupación del valle no trajo consigo su alteración sistemática, sino una sabia adaptación al medio. Los quince núcleos urbanos, de sugerentes y eufónicos nombres, herencia sin duda de la colonización beréber, se instalan a media ladera, y allí los campesinos establecieron policultivos arbóreos en mosaicos o banales a solana, con irrigación por alberca, o en secano en los nortes, donde el árbol rey es el castaño, una exitosa formación plagioclimática (más de 4000 Há), mientras las zonas más abruptas, boscosas o frías se dedicaron a la silvicultura y la ganadería. Así, lejos de empobrecer o destruir los ecosistemas, lo que se forjó desde el siglo VIII de nuestra era no fue sino un paisaje enriquecido y más biodiverso que el que se encontraron los primeros colonizadores, y un acertado manejo del bosque, los montes y el agua.

Ese paisaje ha pervivido hasta nuestros días, a pesar de la reciente y dramática crisis demográfica que ha supuesto la pérdida de más de dos tercios de la población, y por ende, el envejecimiento progresivo y su corolario de abandono y destrucción de la vieja cultura campesina de las vertientes. Pues bien; a este territorio casi dejado a su suerte, empobrecido y con escaso futuro, se quiere ahora privar de su más preciado bien, es decir, del agua, generadora y eje vital de los ecosistemas y los modelos de aprovechamiento, o sea, de los paisajes, hoy tan apetecidos, que estos hombres han sabido conservar hasta nuestros días: trasvasamos su agua al tiempo que alienamos su porvenir y destruimos su futuro. Arrebatarse el agua del Genal sería prostituir ese espacio singular, bellissimo, puro, a dos pasos de esa Costa en fase de ser un espacio insostenible. Una actuación brutal, injusta y despiadada contra aquellos indefensos habitantes, y de imprevisibles consecuencias ecológicas, en la línea irresponsable y estructuralista de los agresivos planes hidráulicos del pasado.

No; el Genal no debe ser destruido. Basta de anuncios y proyectos que no sean los dirigidos a articular y conservar el valle más preciado y precioso de nuestra provincia, intentando cortar la sangría migratoria para sostener, como aconsejan las políticas europeas, al hombre en la montaña. Abracemos, por el contrario, la Nueva Cultura del Agua, la que huye del despilfarro y las obras faraónicas y busca la racionalización y sostenibilidad de los recursos. Esa Nueva Cultura que no es sino un reflejo de la que practicaron aquellos campesinos, tan distinta de disparatadas actuaciones desarrollistas que ya no tienen cabida en nuestras sociedades.

José A. Castillo Rodríguez. Geógrafo.  
Presidente del Instituto de Estudios de Ronda y la Serranía.  
Grupo de Trabajo del Valle del Genal.